

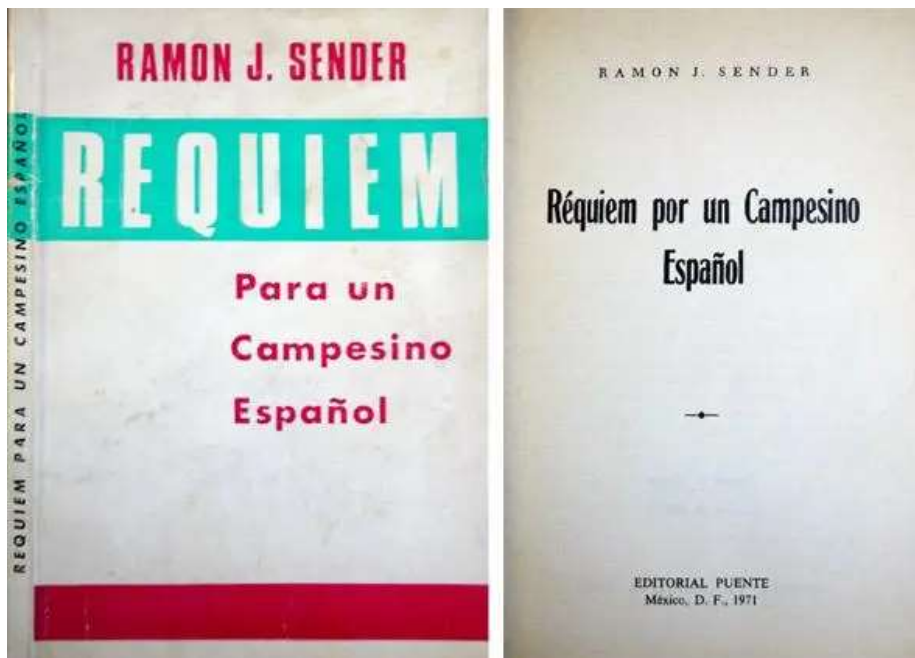


rmbm.org



rmbm.org/rinconector/index.htm

RÉQUIEM POR UN CAMPESINO ESPAÑOL



Ramón J. Sender

Murcia

Ramón J. Sender

<https://cvc.cervantes.es/actcult/sender/biografia.htm>

Pocos escritores como Ramón J. Sender Garcés, nacido en Chalamera de Cinca (Huesca) el 3 de febrero de 1901, han hecho perdurar tan bellamente en su memoria y en su obra los lugares de la infancia y de la adolescencia. Como claves de su



sentimentalidad y cifras de su existencia, a veces como enclaves mágicos, desfilaron por sus libros (señaladamente en *Crónica del alba*) los recuerdos natales de Chalamera, los infantiles de Alcolea, Tauste y Alcañiz, o los juveniles de Zaragoza y Huesca.

Tras esa primera juventud en la que se estrenó como periodista novel a través de incursiones en la prensa lugareña (*La Crónica de Aragón, El Pueblo...*) y aun nacional (en el fugaz intervalo de su escapada a Madrid: *España Nueva, El País...*), el servicio militar (1922) supuso para Sender el descubrimiento del Marruecos colonial en guerra, reciente todavía el desastre de Annual (1921). Vivió y dio cuenta de aquel bochorno, símbolo de las miserias de un país caciquil y atrasado. Las amables crónicas escritas para el periódico oscense *La Tierra* dieron paso a la indagación en la radicalidad humana y al testimonio acerca de la conducta del hombre ante situaciones absurdas y extremas.

De allí surgieron las inquietudes y las vivencias que lo llevarían de la mano, primero a las colaboraciones en *El Telegrama del Rif* y la escritura de *Una hoguera en la noche*, y años más tarde a su novela *Imán*, en 1930, libro que hoy leemos como uno de los mejores de su tiempo.

Conviene no olvidar que Sender fue, ante todo, un periodista, un reportero, y como tal adquirió su primera nombradía. La logró en el principal de los periódicos de la época, *El Sol*, fundado en Madrid en noviembre de 1917, y a cuya redacción se sumó en 1924. Desde la capital española ejerció de redactor de notas regionales y de crónicas tan sugestivas como las que hubo de enviar acerca del llamado

«crimen de Cuenca», serie que, años después, proporcionaría la trama principal de su novela *El lugar del hombre* (1939), luego titulada *El lugar de un hombre* (1958). Y, a la vez, Sender se aproximó a los círculos intelectuales y políticos enemigos de la dictadura de Miguel Primo de Rivera. En el Ateneo, en las numerosas tertulias de Madrid, conoció y fue conocido de todo el mundo. E incluso visitó la cárcel como conspirador contra el régimen.



En esta sazón el joven Sender se inclinó por los libertarios y abandonó *El Sol* para escribir en el diario cenetista *Solidaridad Obrera*, de Barcelona. El éxito de *Imán* le puso a la cabeza de la nueva «novela social» y durante el primer lustro de la década se sucedieron libros tan importantes como *O.P.* (1931), *Siete domingos rojos* (1932) y *La noche de las cien cabezas* (1934). En enero de 1933, enviado por el periódico *La Libertad*, escribe un excelente reportaje acerca de la sangrienta represión policial de la insurrección campesina de Casas Viejas. Recoge sus trabajos en *Casas Viejas* (1933) y *Viaje a la aldea del crimen* (1934).

Pero también por entonces se acerca a las posiciones políticas comunistas, convencido de la eficacia revolucionaria soviética. Entre el jalón inicial de *Imán* y la publicación de *Mr. Witt en el Cantón* (1936),

galardonada con el Premio Nacional de Literatura y escrita en apenas un mes, Sender se ha convertido en un ejemplo de «escritor comprometido» y en el autor joven de más porvenir en España, junto con García Lorca, tal como declaró, por el aquel entonces de 1936, Pío Baroja.

Sin embargo, en el verano de 1936 toda España se convirtió en una gran «aldea del crimen». Estalló la guerra civil y Sender ofició de protagonista, no solo de testigo, en esta tragedia nacional. En escasos meses perdió a su mujer, Amparo Barayón, y a su hermano Manuel, antiguo alcalde de Huesca, fusilados ambos por los rebeldes. Escribió por entonces obras de urgencia, como *Contraataque* (1938), pero también se sintió solo, fugitivo y superviviente, frente al acoso de algunos jefes comunistas que recelaban de él. Participó, pese a todo, en muchos actos de propaganda republicana, logró recuperar y evacuar a sus dos hijos, Ramón y Andrea, y tras un tiempo en Francia, decidió expatriarse a América.

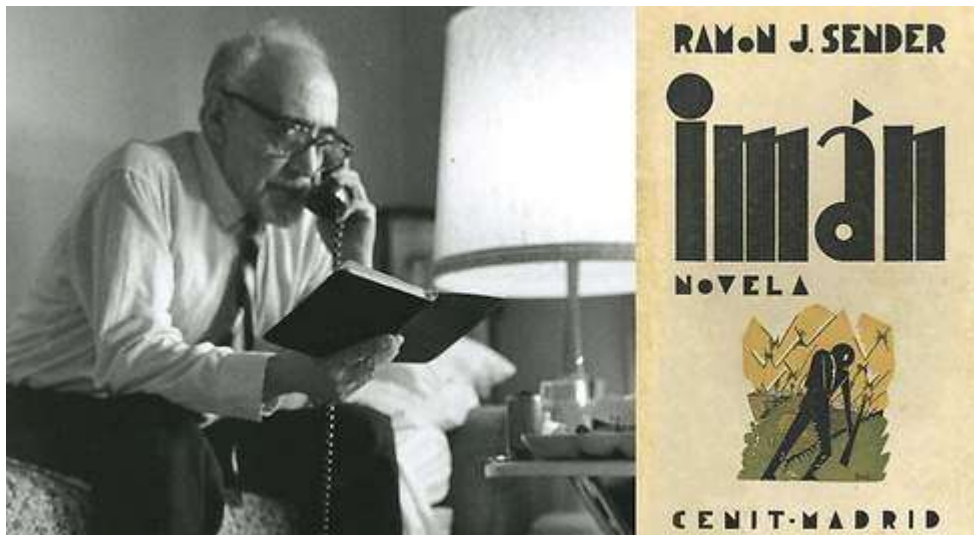
Comenzaba un largo exilio en el que la soledad, la culpa y la conciencia de ser acusado de algo que ignoraba convirtieron a Sender en Federico Salla, el enigmático protagonista de *Proverbio de la muerte* (1939), que más adelante se titularía *La esfera* (1947) en una nueva versión ampliada. La distancia, la necesidad de la memoria, la reflexión sobre el pasado cercano, la obsesión por la violencia, propiciaron la invención de novelas fundamentales en la literatura española del siglo XX: *Epitalamio del prieto Trinidad* (1942), *Crónica del alba* (1942), *El rey y la reina* (1949), *El verdugo afable* (1952), *Réquiem por un campesino español* (el *Mosén Millán* de 1953 y la versión retitulada en 1960)... Fue español de ambos mundos, el americano de cada día y el español de su recuerdo. Sobrevivía como profesor de literatura española al tiempo que maquinaba sus peculiares figuraciones acerca del sentido de la «hombría», de la fuerza de «lo ganglionar» o de la «existencia trascendente», lo que iba tomando la forma de relatos, novelas históricas, relatos cortos, dramas, poemas, ensayos... casi siempre de diseño parabólico y universal. Tal es así que Sender es de los autores españoles más propicios para la traducción a otras lenguas del mundo.

En el decenio de los setenta, cuando por fin se publicaban en España (desde 1965) unos libros que fatigaron las prensas en multitud de reediciones, retornó del exilio en dos oportunidades (1974 y 1976). Moriría, sin embargo, en San Diego, California, durante la noche del 15 al 16 de enero de 1982. Sus cenizas fueron dispersadas, unos días después, en el océano Pacífico. Quedan sus libros, una obra extensa con inigualables chispazos intensos, que han convertido a Sender en un clásico de la literatura española del siglo XX.

OBRA DE RAMON J. SENDER

(Enlace a Centro Virtual Cervantes)

<https://cvc.cervantes.es/actcult/sender/bibliografia/obras.htm>



RÉQUIEM POR UN CAMPESINO ESPAÑOL

GUZMÁN URRERO PEÑA

La crítica senderiana alude muchas veces a esta soberbia criatura literaria, cuyo antecedente nació en la imprenta en 1953 (Mosén Millán. México D.F.: «Colección Aquelarre») y adquirió su versión definitiva en 1960 (Réquiem por un campesino español. Nueva York: Las Américas). No es para menos. Con inteligencia clara, Sender proporciona unidad formal a las contradicciones y agitaciones de la posguerra, tan a menudo viciada por el miedo, la venganza y otras catástrofes morales. Curiosamente, el relato no se mueve en una atmósfera de pesadilla. Muy al contrario, entre las intenciones del escritor hay una que proporciona esperanza: la restauración del mito que infunde belleza a los grandes gestos.

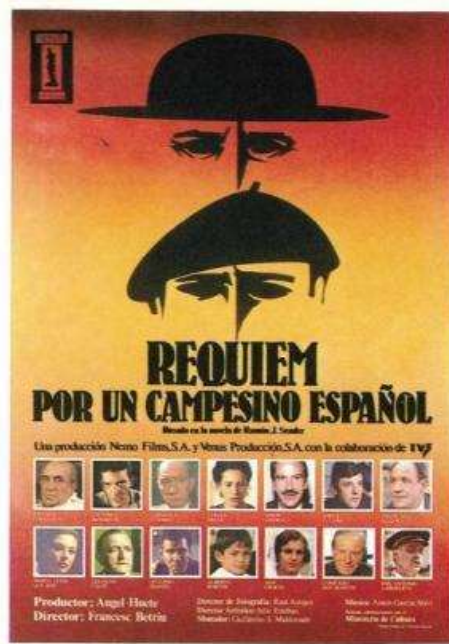
En el protagonista de esta novela corta (Paco, el del Molino), emerge a la superficie ese héroe trágico que es modelo de autenticidad y pureza, acogido —custodiado— en la memoria popular como protagonista de un romance y eje de la conciencia de quienes lo asesinaron. Claro que, a la hora de plasmar la perspectiva de vencedores y vencidos, Sender evita la inmediatez sensible, y obliga a su narrador a mirar cada cosa desde una distancia prudente, contaminada en los intersticios de memoria y sentimiento. No en vano, esta representación de la vida rural (casi etnográfica en su escrutinio) responde a un plan admirable: mostrar cómo luchan los lugareños con el recuerdo de un hombre digno, un hombre que es la perfecta antítesis de sus adversarios, nada hospitalarios para esa clase de ideas que tienen que ver con la libertad individual.

Siguiendo una táctica que no elude las referencias religiosas (la traición de Judas sobrevuela el texto), Sender modela su historia con sencillez estructural, y esa economía narrativa viene a contrastar con la frondosa riqueza de un relato que, sin mencionar la guerra civil, es uno de sus más acabados reflejos. Lo confirma Patricia McDermott en esta admirable definición que tomamos de «Réquiem por un campesino español: summa narrativa de Ramón J. Sender». A su juicio, éste «es un

cantar a la inversa la leyenda de la historia de la España de los vencedores para vindicar la intrahistoria de los vencidos. La summa histórica de la España castrense desde las guerras púnicas hasta la nueva cruzada se condensa en los nombres de los pudientes Valeriano, Gumersindo y Cástulo y del cura mosén Millán, con su siniestra reminiscencia del general Millán Astray —“¡Muera la inteligencia!”— en su enfrentamiento en 1936 con Unamuno —“Venceréis pero no convenceréis”—; mientras el nombre familiar de Paco refleja la condición de la España colonial y de una España ilustrada que pudo ser —Cabarrús y Goya— y un cristianismo primitivo que opta por los pobres —san Francisco de Asís— en oposición a los valores nacional-católicos del caudillismo triunfante» (en Ara Torralba y Gil Encabo, eds., *El lugar de Sender*, p. 379).

Un ejemplo de esta sugestión, resumen de dos Españas en pugna, es el modo en que Mosén Millán rememora la vida de Paco. Fragmentariamente, como si hubiera algo en la esencia del pasado que su conciencia suprimiese, el sacerdote construye la imagen de aquél a quien delató con fatales consecuencias. Poco a poco, el lector advierte la grave responsabilidad del cura, al tiempo que descubre el frondoso recuerdo de Paco en nuevos matices y tonos, escuchando a los demás personajes (La Jerónima, Águeda, el padre de Paco, el monaguillo y los tres asistentes al réquiem, don Valeriano, don Gumersindo y don Cástulo). En definitiva, queda de manifiesto que la tersura narrativa encubre complejidad, fragmentación, ambigüedad; acciones disolventes de la memoria que, por paradójica, sirven para desatar los nudos de un crimen esencial para entender la deriva de esa comunidad.

Es verdad que la figura de Paco se mantiene enhiesta entre el dolor y la ruina. Incluso a nivel simbólico, su caballo perfecciona la evocación de la tragedia frente a los poderosos. Pero es Mosén Millán el personaje que se agiganta en el centro de ese microcosmos, no sólo por la magnitud de su imprudencia sino por su cometido en el teatro sagrado que ha de señalar esa culpa de una vez por todas: la misa de réquiem. Una ceremonia estremecedora, en cuya formulación se pone de manifiesto la miseria de una España culpable y dividida.



Fragmento de la adaptación al cine dirigida por Francesc Betriu en 1985: <https://www.dailymotion.com/video/x2qet7a>

<https://www.republica.com/arealibros/relatos/requiem-por-un-campesino-espanol-de-ramon-j-sender.html>

GUÍA DE LECTURA: Réquiem por un campesino español, de Ramón J. Sender

25 MAYO 2015

Réquiem por un campesino español es una pequeña historia de un nuevo redentor que dará su vida por la salvación de una utopía, como, a fin de cuentas, son todos los actos de fe, creyendo hasta su último aliento que la verdad puede triunfar, que la verdad nos hace libres, y siendo una víctima más del inframundo de la caverna.

Ramón J. Sender escribió esta novela, que en un principio se tituló Mosén Millán, en tan sólo una semana, pero, a pesar de ello y de su brevedad, tiene la calidad suficiente para estar considerada una verdadera obra de arte, tanto por su agilidad, su desarrollo, su frescura como por el esbozo de los personajes, sin olvidarnos de que los temas tratados, justo en el momento de su creación, 1953, seguían bastante latentes en la memoria, el dolor y el ánimo de los españoles, catalogándose por este motivo de novela social donde Sender denuncia las miserias humanas, no sólo las económicas con sus enormes y eternas desigualdades, sino también las físicas y morales, porque Sender era más que un novelista, un cronista de su época y de la vida cotidiana, y así nos presenta la sociedad rural heredada de la Restauración, más propia del Antiguo Régimen que de una nación desarrollada y democrática, dividida en dos clases sociales totalmente opuestas: los terratenientes, quienes se consideraban dueños de todos los privilegios por designio divino, y los campesinos, quienes malvivían trabajando para engordar a los primeros.



Y entre ellos la Iglesia, cuyos miembros predicaban la resignación, el conformismo y la mansedumbre entre los pobres mientras compartían mesa con los poderosos. Lógicamente estas situaciones sociales eran perfectos viveros donde brotaban las hierbas de la rebeldía que dieron como fruto los múltiples pequeños héroes que el poder establecido, celoso de su statu quo, calificará, a través de los tiempos, de marginales antisistema o simplemente delincuentes. Y es que Ramón J. Sender vivió de primera mano todas estas situaciones y estuvo siempre atento a todos los movimientos sociales surgidos en aquella época convulsa de la historia española y europea.

Los elementos de tiempo y lugar se funden en el transcurso de un día, mejor dicho, de un momento de un día de 1937, lo que dura la espera previa a la misa de aniversario de la muerte de Paco el del Molino, durante el cual, Mosén Millán, el cura de la parroquia, repasa toda la vida del difunto desde su bautizo hasta su asesinato, con lo que si sumamos el año que ha pasado desde aquel acto, se puede asegurar que el tiempo interno de la obra va desde el nacimiento de Paco hasta el día de la misa, que es de donde parte la historia, haciendo un total de veintiséis años, como nos explica el narrador:

Veintiséis años después se acordaba de aquellas perdices, y en ayunas, antes de la misa, percibía los olores de ajo, vinagrillo y aceite de oliva.

Por su lado el espacio surge de la sacristía de la iglesia, donde se desarrolla la acción actual, para extenderse mediante la evocación por todo el pueblo y sus alrededores.

Durante esos años, en aquel pequeño pueblo aragonés, se van viviendo las diferentes etapas de la historia de España: reinado de Alfonso XIII, dictadura de Primo de Rivera, las elecciones municipales ganadas por los republicanos y que supondrían la abdicación y exilio del rey, la llegada de la Segunda República con su inestabilidad de gobiernos y la Guerra Civil, la cual se vive pero no se nombra en la novela.

El personaje central es Mosén Millán, un anciano de 74 años quien llevaba más de cincuenta ejerciendo en aquella parroquia, durante los cuales ha visto nacer, crecer y morir a muchos de sus vecinos, especialmente a Paco, al que le reprochaba el haberse metido en aquellos asuntos que sólo le podían traer problemas, como así fue. Pero el párroco es un hombre sin ambición personal y sin personalidad, cobarde y temeroso de enfrentarse a la verdad, lo que le impide ejercer su pastoreo como le pide su religión, por lo que se olvida de defender al débil y acusar las injusticias, dejándose simplemente llevar por la situación y acomodándose a lo que ordenan los poderosos y no su conciencia, justificándolo con el pensamiento de que “Dios permite la pobreza y el dolor.” Por lo que el personaje del cura y su apatía ante las circunstancias es una clara metáfora del fracaso de la Iglesia que representa y su incapacidad para llevar a cabo la doctrina que predica:

- Usted me prometió que me llevarían a un tribunal y me juzgarían.*
- Me han engañado a mí también. ¿Qué puedo hacer? Piensa, hijo, en tu alma, y olvida, si puedes, todo lo demás.*
- ¿Por qué me matan? ¿Qué he hecho yo? Nosotros no hemos matado a nadie. Diga usted que yo no he hecho nada. Usted sabe que soy inocente, que somos inocentes los tres.*
- Sí, hijo. Todos sois inocentes; pero ¿qué puedo hacer yo?*

Por eso ahora, un año después, durante la insoportable espera anterior a la misa, él sigue confiando en su pasividad, en que todo se irá arreglando por sí solo, y aguarda sin hacer nada a que acudan los familiares o amigos del difunto como signo de perdón, de redención, pero sólo llegan los tres actores directos de la muerte de Paco, aunque ninguno de ellos apretara un gatillo, y hasta se permiten querer pagar la misa, dejando al descubierto la hipocresía de la fe de los poderosos y de la falsedad del perdón de los pecados... Y un cuarto personaje que irrumpe en el templo con toda su fuerza simbólica: el caballo blanco de Paco, cuya pureza contrasta con la oscura mezquindad de los otros. Así pues, a Mosén Millán en esta pequeña obra le ha tocado el papel de Judas, pues acaba vendiendo a un inocente por nada:

A veces, hijo mío, Dios permite que muera un inocente. Lo permitió de su propio Hijo, que era más inocente que vosotros tres.

Paco el del Molino es un hombre joven, valiente, voluntarioso y lleno de fe en el ser humano y en la verdad, pero comete el imperdonable error de enfrentarse al poderoso y de defender los derechos de los pobres contra el de los que lo tienen todo, por lo tanto Paco se convierte en un ser molesto que debe ser eliminado para que los de siempre puedan seguir haciendo lo se les antoje y, denunciado por el Judas de turno, el propio párroco, Paco se convierte en un Cristo social cuya muerte será necesaria para atemorizar al resto y así evitar que corra más sangre... y como Cristo morirá acompañado de otros dos hombres tan inocentes como él. A Paco nos lo va describiendo la mala conciencia de Mosén Millán, un año después de su asesinato, recordando cada hecho de su vida, una vida que un principio discurría bastante paralela a la del cura hasta que un día, ejerciendo de monaguillo, le acompañó a dar la extremaunción a un moribundo de las cuevas y entonces comenzó a alejarse, porque Paco descubrió la injusticia y la sangre de sus pocos años le hervía de rabia al ver que nadie hacía nada por remediarlo.

Luego, con la República, llegó a ser concejal y se enfrenta cara a cara con los poderosos o, en el caso de la aldea, con sus representantes, lo que le granjea la simpatía del pueblo y el encono de los ricos... Y al

final le falla hasta aquello en lo que más cree: la justicia. Y los forasteros uniformados, como los romanos con Jesús, acabaron con su vida.

Y como en toda historia tenemos dos bandos: los que habitan a la sombra del poderoso y los que se arrastran a pleno sol. De los primeros está don Valeriano, el administrador de las tierras del duque y uno de los hombres más ricos del terreno, pero que desconocía el significado de la palabra caridad, porque atesorar riqueza, más que un acto de avaricia era una ostentación de poder. Falto total de conciencia está dispuesto a pagar la misa porque “había que olvidar”... Como no pudo comprar a Paco para que dejara de trabajar a favor de los campesinos, decidió abandonar el pueblo mientras los forasteros hacían el trabajo sucio.



Luego está don Cástulo Pérez quien quiere estar a bien con todo el mundo y siempre intenta jugar a dos barajas, como cuando se entera de la caída del rey y se apresura a prestar el coche a Paco y Águeda, el día de su boda, para llevarlos a la estación, coche que, sin embargo, también servirá de confesionario para Mosén Millán el día en que mataron a Paco y el último lugar donde intentó cobijarse ya herido de muerte y cubierto de sangre.

Por último aparece don Gumersindo, una mala bestia acostumbrado a avasallar a quien se le ponga por delante y bastante mal educado. Siempre lleva botas de campo y sus taconazos se hacían oír a la perfección allá por donde pasaba como símbolo de su poder.

Entre los segundos destacaremos a dos: la Jerónima y el zapatero.

Para la Jerónima parece que Sender se inspiró en un personaje lorquiano de Yerma, la Vieja Pagana, pues como aquella, aunque es soltera, alardea de que siempre tuvo los hombres que quiso. Es una mujer supersticiosa que ejerce de partera y ensalmadora, lo que la enemista con el joven médico, aún así lo que mejor desempeña es de chafardera llevando y trayendo noticias, sobre todo en el carasol, el lugar donde se reúnen todas las mujeres. Pero esta mujer es también una ferviente defensora de los pobres y siempre habla pestes de los ricos del pueblo y fue la única que criticó a los señoritos forasteros:

El pueblo estaba asustado, y nadie sabía qué hacer. La Jerónima iba y venía, menos locuaz que de costumbre. Pero en el carasol insultaba a los señoritos forasteros, y pedía para ellos tremendos castigos.

Por su parte el zapatero, personaje bastante recurrente en la literatura popular, es gracioso, ingenioso, chistoso, y en cuestiones de política es neutral, pero más por anarquista que por condescendiente, lo que le llevará a ser el primer represaliado del pueblo. Tiene una relación especial con la Jerónima, con quien siempre está discutiendo, pero ella llora su muerte desconsoladamente, lo que no sabemos es si por estar enamorada de él o por haberlo denunciado. Y aunque es un hombre bastante anticlerical, con Mosén Millán tiene siempre bastantes atenciones:

Mire, Mosén Millán. Si aquellos es la casa de Dios, yo no merezco estar allí, y si no lo es, ¿para qué?

También están el grupo de señoritos falangistas capitaneados por el centurión, quienes se comportan como lo que son, simples perros de

presa a las órdenes de su dueño. El monaguillo que se pasa todo el rato recitando el romance sobre la muerte de Paco, como una letanía que hace más pesada la carga de conciencia del cura. O el padre de Paco, un campesino esclavo de la tierra pero que no pierde el buen humor, como cuando alguien le pregunta, al nacer Paco, si el hijo es suyo y él responde:

Hombre, no lo sé... Al menos, de mi mujer, sí que lo es.

Concluyendo, Réquiem por un campesino español es una novela sencilla, como corresponde a sus personajes principales, gente de pueblo, sacrificada, abnegada y explotada, cuyo lenguaje es sobrio, escueto, de frases cortas, directas y con escasa afectación. Es una novela escrita por un hombre del pueblo y para ser leída por el pueblo.



A FONDO (TVE)
Entrevista a Ramón J. Sender (1976)



<https://www.youtube.com/watch?v=9UK62HVRz3E>